

RAFAEL DOCTOR RONCERO

EL álbum. Cuando la mirada acaricia

I

No creo que sea necesario justificar la importancia de la fotografía en el desarrollo de nuestra vida. Su presencia es tan constante que forma parte de nosotros mismos. Yo cuando tenía cinco años soy el que aparece en la foto. Yo de cinco años soy ese chaval con pelo a tazón y ojos grandes. Lo que realmente fui es otra cosa. Al final todo lo vivido queda comprimido en un trozo de papel y a través de la contemplación de quien soy de cinco años intentaré saber quien fui.

Nacemos y al poco tiempo, antes aun de que nuestros ojos puedan percibir algo, nos convertimos en luz fijada en un papel. Aunque a veces precede el primer flash al primer beso, normalmente éstos se entrecruzan en la misma dirección. Hemos sido dados a luz: nos hemos convertido en formas para que la luz se pose y construya un cuerpo con imagen, formas para que otras manos nos puedan palpar y otros labios besar.

Si pudiésemos reconstruir nuestra memoria hasta nuestras primeras sensaciones, nuestros primeros sonidos posiblemente serían chasquidos de disparadores de cámaras fotográficas y quizás incluso descubriríamos cómo el primer encuentro con nuestros progenitores se ha producido con una máquina por medio. Algún bebé avisado incluso ha podido asustarse al pensar que su padre era un cuerpo humano con una máquina con un gran ojo de cristal como cabeza. Y así nos pasamos nuestros primeros meses y años procesando inmensidad de cosas, todas nuevas, y rápidamente nos acostumbramos a ellas, las asimilamos y las hacemos nuestras. Una de estas cosas es ver que somos contemplados a través de esta máquina de gran ojo y que se nos mira de una forma especial a través de él. No nos importa, pues no nos hace daño, aunque molesta cuando a veces desprende una luz blanca intensa y fugaz. Nuestra vida transcurre a golpe de flash. Cuando ya tenemos algunos años nos enseñan lo que hemos sido a través del resultado de esa máquina fijadora de imágenes. Empezamos a reconstruir nuestra memoria, aún blanda, a través de lo que ha quedado en esos papeles rígidos. No nos reconocemos pero tampoco importa, cada vez que las contemplemos iremos siendo cada vez más ellas.

Pronto se nos da la oportunidad de ser los ejecutores de miradas fijas. Cualquier comunión o cumpleaños es excusa para convertirnos en serios cazadores de momentos. Yo recuerdo la primera vez que tuve una cámara y aún conservo las primeras imágenes que capturé con ella. Mi hermana Mariló posa sentada en la acera de la calle Real; en otra aparece con un pollito en la mano; mi abuelo y mi madre me miran sonriendo en el huerto...

Aunque las fotos son en blanco y negro y están muy desenfocadas son capaces de evocarme aquel momento, aquella primavera muy verde en la que realicé mi Primera Comunión; incluso recuerdo la sensación de desconfianza de que fuese posible que saliesen fotos apretando el botón de ese juguete. Con este ritual me convertía en algo mayor a la vez que adquiría un nuevo puesto de responsabilidad entre los míos, ya que fue la primera cámara que se poseyó en mi familia. Lo que ahora es casi imprescindible en cada casa, hace treinta años, y mas en el entorno rural en el que yo nací y me crié, no era algo tan masivo como hoy. Cuando mis padres nos querían fotografiar, eran ellos los que nos acariciaban con la mirada aunque no fuesen los que apretaban el botón. Hasta entonces todo se había mirado con la cámara de Cañadas, el fotógrafo del pueblo. Ahora ya me había convertido en autor de nuestro álbum.

Con tantas cosas como siguen ocurriendo en el proceso de una vida, y sigo con el ejemplo de la mía propia, desde mi Primera Comunión las imágenes se han ido acumulando e incluso han llegado a abarrotar todos los rincones de mi casa. El álbum se expande continuamente y por doquier, en las paredes, en los cajones, en los libros, en los armarios... por todos lados pululan, parece que libremente, tantos rastros de lo que ha pasado, de lo que he amado y vivido, que no soy nunca capaz de buscarles orden. Las fotografías de esta forma parecen actuar como nuestra mente cuando libre y azarosamente nos evoca millones de cosas. Todo lo mejor está allí y parece haber sido capturado con la intención de prolongar o hacer perdurar esas sensaciones.

Como protagonistas de los álbumes nos entrecruzamos con otros álbumes, nuestra imagen aparece dispersa por otros sitios, muchos impredecibles, y ante esta sensación de que no somos los únicos dueños de los momentos, sentimos frágil nuestra percepción de la vida. Y así, el tiempo pasa y amamos y fotografiamos, y el álbum se engrandece. Para muchos, en los últimos años incluso el álbum de fotos se ha completado con el de imágenes en movimiento que, primero a través del Súper 8 y después del video, intentan conseguir rescatar el máximo del más categórico de los imposibles físicos: agarrar el tiempo. Agolpamiento de huellas y rastros para la evocación que acaban confirmándonos aún más cosas de las que realmente solicitamos.

Somos álbum. Con cada nueva imagen morimos un poco. Si al contemplar nuestras fotos de cuando fuimos bebés no nos reconocemos, conforme crecemos con otras imágenes llegamos a ser cada vez más ellas. Así, cuando se acabe la luz y volvamos a no tener un cuerpo donde pueda reflejarse, quizás se le ocurra a un familiar o ser próximo comprimirnos en una lápida con una de esas imágenes que nos han agarrado siempre al pasado, y entonces físicamente seremos solamente eso.

II

Por vivir en el tiempo que vivimos nos es obligatorio coexistir con la fotografía, Todo es tan rápido, las cosas y las sensaciones parecen tan efímeras, que siempre vamos a tender a buscar un sentido a todo a través de este invento que, aunque tan reciente, parece ya pura extremidad de nuestra especie. No sólo vamos a vivir acompañados de nuestra memoria sino de la de los demás. Vamos a comprender el mundo a través de las fotografías e incluso lo vamos a interpretar nosotros mismos constantemente. La fotografía en el mundo contemporáneo no intenta sólo legitimar la memoria sino también trata de ampliar el sistema de nuestra percepción. Queremos que esté en nuestros momentos más especiales y a veces incluso no sabemos qué va a ser más importante si el momento o su reflejo.

A toda familia le corresponde una cámara y un álbum. Todo está lleno de imágenes que pueblan un espacio que no solo pertenece a la memoria, sino al sentimiento. Diversos ritos no tienen sentido sin la presencia de la cámara; especialmente los ritos de origen religiosos como bautizos, comuniones, bodas.... así como las vacaciones, parecen no haber existido si no está la cámara por medio. Nos hemos acostumbrado a hacer y a ser fotos.

El álbum, ya tenga forma de libro, caja de zapatos o de cajón revuelto, es algo innato a cada núcleo familiar, incluso a cada persona individualmente. Su función no se puede precisar con facilidad. Podemos entender que está soportando a la memoria, incluso uno de los pilares de la casa, del núcleo de personas que la componen, pero esencialmente es la garantía de que somos ahora a través de todo lo que hemos sido. En el álbum van a aparecer diversas cosas, desde esas fotos de boda o bautizos hasta paisajes que nosotros o algunos de los nuestros ha recorrido.

Realizar una exposición y un libro bajo el título EL ÁLBUM puede ser muchas cosas. En el álbum cabe todo lo que pueda caber en la cámara. Sin embargo, el mundo del álbum va a ser muy constreñido: personas, paisajes y alguna que otra anécdota fijada a través de la cámara que en su contemplación nos devuelve alguna sensación cercana de aquel momento. El pasado recobra algo de presente cada vez que las volvemos a ver. Abrimos el álbum y asistimos a una reunión de ecos sordos que golpean la memoria para no perderse en el túnel del tiempo.

III

Desde hace años mantengo la obsesiva costumbre de poseer y conservar no sólo las fotografías de mi álbum, cosa de la que se encargan otros en la casa, sino sobre todo de recuperar, de apropiarme del mayor número posible de fotografías abandonadas y sin dueño. Si veo en la calle una fotografía en la que aparece una persona, la recojo, ya sea ésta una de carnet reciente o un daguerrotipo. Los contenedores, tan importantes en las calles de Madrid, como los mercadillos o las tiendas de cosas viejas y librerías, han procurado que en la actualidad posea miles y miles de fotos de desconocidos, incluso poseo diversos álbumes completos que aparecen un día en la calle al azar de un nuevo destino ya casi sin sentido. Como estas imágenes son casi todas antiguas (nadie se desprende de las fotografías del verano anterior) las acostumbro a llamar "mi colección de muertos". Bajo los libros del salón residen estas fotografías en álbumes y cajas y mis ojos me hacen sentir las más vivas que todas las demás imágenes impresas que hay en los libros. Todas mis miles de fotos de tantas personas desconocidas son

únicas; en un momento fueron parte importante de su vida y ahora se encuentran arrinconadas en mi salón. No supe la importancia que tenían para mí hasta el momento que descubrí que de tanto verlas, de tanto contemplarlas, se habían fijado en mi memoria esas escenas, esos rostros en los que yo no había participado, pero que ahora sólo me pertenecían a mí. Hace tiempo descubrí como a través de esas fotos se había vivido pero también se había amado; normalmente sólo fotografiamos lo que queremos, lo que nos gusta, y no enfocamos lo que nos desagrada. Descubrí momentos ajenos que pertenecían a otra memoria y traté de recomponerlos en la mía propia. La sensación era solamente mía, partía del hecho de que esas imágenes eran únicas y que su último eco de vida estaba sólo en mi obstinada contemplación. Toda esta colección de ecos ajenos me ayudó a comprender y construir el de los míos propios. Muchas de las imágenes parecen besos, otras son sonrisa, otras también llegan a ser consuelo, otras respeto, la mayor parte de ellas son caricias.

IV

Cuando la mirada acaricia, cuando damos un sentido táctil a la cámara o cuando contemplamos el resultado de aquella mirada intervenida, es cuando descubrimos que a través de la cámara hemos vivido y querido mucho.

Hacemos a la cámara cómplice de nuestros sentimientos y así potenciamos el sentido de nuestra existencia. Las imágenes representan los momentos mejores de nuestra vida, o al menos se han convertido en la rememoración de buena parte de ellos. Si digo que la mirada acaricia a través de la fotografía, es porque el que mira tras ella, o más bien, el que quiere hacer convertir en imagen lo que está pasando, suele tener una finalidad emotiva. No toca físicamente, toca con la mirada, pero ese tacto no sólo quiere comprobar la presencia, en muchos casos suele infundir afecto. Las miradas pueden llegar a acariciar de la misma forma que pueden llegar a matar. Miramos a los nuestros con amor y los queremos tener siempre así. Cuando les disparamos una fotografía estamos muchas veces acariciándolos; de la misma forma cuando la contemplamos, cuando volvemos los ojos hacia ese momento ya casi inmortal, volvemos a acariciar. Si todo se pierde, al final nos quedara la imagen. En ella siempre vamos a ser los de antes y siempre vamos a poder burlar esporádicamente nuestro tiempo mental.

De tanto usar las cámaras hemos aprendido a tocar con ellas, a acariciar con ellas. Cuando "tiramus una foto" -como tiramos también los besos- suelen suceder muchas cosas tras ese cristal y maquinaria fría. Detrás reside el mundo de los sentimientos que hace que estemos ahí en ese momento e incluso después: en la contemplación de una fotografía no sólo estamos ante el que aparece en el papel, nos situamos en el espejo de otra mirada de otra intención que se hace nuestra. Todo este proceso culmina en el momento que nos fotografiamos a nosotros mismos, nos buscamos en nuestro espejo particular y nos intentamos reconocer desde él.

V

Sin duda lo privado e íntimo han desempeñado un papel importante, aunque no fundamental, en toda la historia de la representación humana. Desde que en el siglo XV la burguesía flamenca adquiere el hábito de poseer un icono propio en su entorno familiar, han variado mucho las cosas. Lo privado del autor de iconos ha ido apareciendo conforme éste ha ido adquiriendo un "status" mayor. En miles de cuadros los familiares y seres queridos aparecen disfrazados de vírgenes, santos, dioses u otros personajes de escenas religiosas o mitológicas. Con Rembrandt y Vermeer asistimos a la libertad de poder representar de una forma natural a las personas con las que se convive. Desde entonces el pintor se ha atrevido a reflejar a los suyos y a tener el privilegio de poseer esas imágenes acompañando su vida. Con el nacimiento de la fotografía en la cuarta década del siglo pasado culmina este proceso.

De la Historia de la Fotografía que hoy conocemos, lo que más me interesa son todas aquellas imágenes que tienen una función emocional personal más que artística. En esos rostros y escenas cualquiera nos podemos reconocer. Al principio, cuando las cámaras no eran accesibles nada más que a los profesionales y a las personas pudientes que disponían de tiempo y dinero para poder forjar imágenes, las fotografías provenían de estudios y requerían un esfuerzo técnico ahora prescindible. En esta época el fotógrafo tenía que acariciar a todos aquellos que lo solicitasen. Aún siguen existiendo fotógrafos profesionales de este tipo. No obstante, las miradas acariciaban en la contemplación de estas imágenes más que en su ejecución.

Es de todos conocida la emoción que sintió Baudelaire ante el retrato de su madre. Proust puede ser el parámetro ideal para comprender el sentido que entonces tenían estas imágenes. A través de las fotografías familiares uno puede reconstruir el tiempo pasado y evocar momentos y sensaciones dispersas en nuestra mente. Ahí no era el fotógrafo el único que acariciaba; el fotógrafo era esencialmente una herramienta que procuraba la caricia del que solicitaba la imagen y sobre todo del que posteriormente la contemplaba. De aquella época también se conservan los álbumes personales de algunos de los reconocidos fotógrafos. Desde Daguerre a Nan Goldin casi todos han hecho posar a los suyos. De 1840 es el retrato que William Henry Fox Talbot realizó a Constance, su mujer. Los retratos de amigos y familiares de Disdéri y Nadar o posteriormente las personalísimas fotografías familiares de Julia Margaret Cameron o incluso las niñas amigas de Lewis Carroll, son los mejores ejemplos de este tipo de fotografía. En todos estos trabajos la mirada acariciaba a lo cercano, lo hacía propio y lo encerraba en el espacio de la memoria cotidiana y familiar. Pero no sólo se puede decir que la fotografía cumpliera esta función con los seres cercanos, de hecho lo hacía fotografiando cosas o fotografiando paisajes y sobre todo cuando enfocaba aspectos del mundo para cumplir una función de testigo y denuncia. En pocas imágenes puede haber tanta ternura como en las cientos de tomas de niños trabajadores de Lewis Hine. Sin embargo, aquí voy a prescindir de este tipo de fotografía en la que sin duda la mirada también acaricia; aquí existen otras connotaciones propias como la compasión y el compromiso social que trascienden el campo concreto de la caricia a la que yo aquí me quiero referir.

En esta exposición he restringido el mundo de la mirada a la de los seres cercanos a los que nos unen lazos de sangre o amistad. Casi todo fotógrafo retrata a los suyos. Desde 1889, año en el que se difunde la cámara Kodak, el espectro de fotógrafos se ampliará constantemente hasta nuestros días en el que es difícil encontrar en el mundo occidental a personas que no posean un aparato de este tipo. En un primer momento Kodak vendió la facilidad de la práctica fotográfica para incitar al consumo de cámaras. Poco después, y hasta la actualidad, se centró en fomentar su uso familiar.

Todos somos fotógrafos. En poco más de un siglo hemos pasado de no tener iconos propios, privilegio de nobles y altos burgueses, a estar saturados de ellos e incluso a ser los autores de los mismos. La cámara es ya una prolongación de nuestra mirada y el ojo a través del objetivo se convierte en mano. Como especie nos adaptamos a los cambios e incluso adoptamos nuevos hábitos impredecibles en tiempos pasados. Ahora asistimos a la orgía de nuestras propias imágenes. Son billones las fotografías familiares que existen en el mundo. ¿En qué número de imágenes aparecemos vistos por los nuestros? Cien, doscientas, miles....

VI

Esta exposición podría ser la exposición de todos. De hecho cuando empecé a concebirla no pensé nunca que se restringiera al mundo de las personas que desarrollan una obra creativa con el medio fotográfico únicamente. El proyecto surge como un capítulo más de la serie de exposiciones de fotografía contemporánea española que desde 1993 estoy comisariando en la Sala del Canal de Isabel II. "Impuros", "Miradas y Visiones", "La fotografía sin cámara", "El cuerpo y la memoria" y ahora "El Álbum". El tema parte más de la propia vida que de la reflexión del autor. En principio pensé que los autores de esta exposición podrían ser fruto del azar. Es decir, fotógrafos ocasionales, como todos lo somos, captados -capturados- en los laboratorios de revelado rápido o en la propia calle. Después desistí de esta idea y pensé en una exposición que recogiese a todas las capas sociales de nuestro país con sus imágenes propias. Finalmente opté por restringirla al mundo de los fotógrafos, ya que éstos con este tipo de fotografías se convertían en otros, en ciudadanos cualquiera pero con un ojo algo más afilado y poseedores de una mejor técnica. También en el proyecto inicial el catálogo estaba formado por imágenes originales, sería un auténtico álbum de fotos donde se recogiesen fotos positivadas de cada una de las personas representadas. Esto para que fuese factible era necesario que se constringiese a fotografías en color en negativo universal. Al empezar a seleccionar a los autores rápidamente fui consciente de la imposibilidad de llevar a cabo esta publicación en la que la fotomecánica y la imprenta serían sustituidas por el revelado directo de negativo. Finalmente el libro se ha resuelto dando al autor la libertad de diseñar sus propias fotos. Cada uno de los trabajos que en este catálogo se presentan aparece tal y como el autor lo ha concebido; de la misma forma ha sido el fotógrafo el que ha configurado la disposición de sus obras en la pared de la sala de exposiciones del Canal.

La elección del tema parte de comprobar cómo los dos autores que a mi posiblemente más me hayan interesado de la reciente Historia de la Fotografía Española hayan trabajado a través de concebir su labor creativa como su propio álbum. Me estoy refiriendo a Gabriel Cualladó y a Pablo Pérez Mínguez. Estos dos autores marcan la pauta de esta exposición, uno desde el intimismo y el reposo de lo reflejado y el otro desde la desenvoltura de la agilidad de la vida diaria. Dos polos de un mismo bastión en el que se pueden comprimir buena parte de los autores representados en esta muestra. Un tercer autor al que necesito mencionar es el hermano de Pablo, Luis Pérez Mínguez, representado en esta muestra y otro de los grandes precursores del uso de lo cotidiano como tema fotográfico unitario. Esta exposición supone un homenaje a sus trabajos fundamentales en mi apreciación y pasión por la fotografía española.

El mundo íntimo, las personas a las que se quiere, es el tema de esta exposición en la que el fotógrafo, virtuoso de expresarse en imágenes, se reencuentra con casi todos los espectadores. Todos somos fotógrafos, todos hacemos o poseemos en nuestras casas imágenes similares a las que aparecen en esta exposición. Todos hemos expresado parte de nuestra ternura a través de fotografías que hemos hecho o hemos contemplado; la diferencia no es muy grande.

Con EL ÁLBUM intento sacar de su contexto fotografías que inicialmente estaban destinadas a perdurar en un entorno ajeno a la de las paredes de la sala de exposiciones. Llevar el álbum íntimo a una pared pública no es nada fácil. Muchos autores a los que inicialmente les ofrecí participar, se negaron. Nunca insistí, ya que la intención de las fotos que yo solicitaba nunca era expandirse. Todo lo contrario. Finalmente, aquí están representados esta treintena de autores que han accedido a mostrar imágenes que en la mayoría de los casos poco tiene que ver con su trabajo creativo público.

Entre estos autores puedo diferenciar distintas tipologías en relación al trabajo que presentan en la exposición. Así, están aquellos que habitualmente realizan su trabajo creativo a través de este tema: Alberto García Alix, David Hilliard, Ouka Lele, Javier Vila, Cristina Zelic, Luis Pérez Mínguez, Mary Pinto, Rafael Álvarez, Martí Casanelles y Pablo Santana; los autores que han preparado o adaptado un proyecto concreto para la exposición: María Meseguer, Beatriz Ruibal, Patric Tato, Matt Glass, Luis de las Alas, Javier Esteban, Carmen Cantón y Pedro López Cañas; los que desarrollan este tema integrado en el conjunto de toda su obra: Javier Campano, Baylón, Pedro Albornoz, Fernando Flores, Jana Leo y Jorge F. Bazaga, y aquellos que, sin más, me han permitido asaltar su álbum particular: Fran López Bru, Jorge Lens, Robert Royal, Ricardo B. Sánchez, David Jiménez, y Alejandra Weil. Amigos, hijos, padres, compañeros, sobrinos, novios... aparecen representados siendo objeto de sentimientos de proximidad, de cariño y en la mayoría de los casos, de ternura. A través de esta amalgama de autores, obras y sentimientos, intento convertir a esta exposición en la exposición de todos, un lugar donde cualquier espectador pueda sentirse reflejado y donde a través de esta particular y en muchos casos forzada puesta en escena, pueda volcar su mirada hacia su propio álbum, a esa particular prolongación de la memoria y los sentimientos donde residen comprimidas en pequeños papeles tantas cosas especiales.